

El Cumpleaños de Cristina



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 21876. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

El Cumpleaños de Cristina

Fernando Olavarría Gabler

Federico almorzó y su mamá lo llevó al dormitorio para que durmiera la siesta. Se acostó, bajaron las persianas y la sala quedó en penumbra. En la calle se oían muy pocos ruidos; un ladrido de perro, un vendedor ambulante, y en el patio, el chillido de los gorriones.

Corría una tenue brisa, el niño miraba la lámpara inmóvil que colgaba del techo. Frente a él estaban muy quietos sus juguetes. Parecía que vigilaban atentamente a su amigo. Federico también los observaba de reojo y se imaginaba que ellos esperaban que se durmiera para principiar a saltar y conversar. Eran tan buenos con él que no deseaban moverse para no despertarlo.

El niño tenía ya mucho sueño y hacía un esfuerzo para no cerrar completamente los ojos. En esos instantes vio que el arlequín de nariz puntiaguda con vestido de cuadros movía sus grandes ojos. Estaba recostado sobre un gran dado de cartón y sus pies colgaban de

la repisa. Era Rogelio, un pinocho que le había traído la tía María de Italia. Rogelio no tenía una gracia especial. Su única cualidad era el de ser fino y de cara divertida. De improviso se levantó y palmoteando con sus manitos de fieltro, comenzó a gritar: ¡Despierten tunantes! ¡Perezosos de oficio! Nuestro amito se ha dormido y es hora de jugar. Los demás juguetes se pusieron en movimiento lentamente y se oyeron unos bostezos como suaves maullidos de gatos. Los soldaditos de plomo con casco de penacho blanco empezaron a marchar al compás de la banda de músicos de penacho rojo. Clarisa, la muñeca de la hermana de Federico abrió sus ojos azules con largas pestañas y dijo ¡Mamá! Y Trompín, el elefante de latón, se puso a girar haciendo un murmullo de sonoros cascabeles que tenía en su interior. El pato amarillo se arreglaba las alas con el pico y el avión de aluminio estaba a punto de elevarse hacia el techo.

-¡Un momento! -gritó Rogelio -no hagan tanta bulla. ¿Sabén

ustedes qué fecha es hoy?

-¡No! Dijeron todos.

-¡Pues, hoy día es el cumpleaños de Cristina, la reina de las hadas, y la llave de sol del piano del salón me dijo que estábamos todos invitados!

Sorpresivamente se abrió el enorme dado de cartón y apareció un monicaco de larga nariz roja y sonrisa burlona que dijo secamente y entre dientes ¡Yo también voy! Nadie le hizo caso porque se enojaron con él por haberlos asustado y el monicaco, al no verse correspondido quedó inmóvil con los brazos abiertos y sonriendo siempre.

Un teniente de infantería dio las voces de mando para que los soldados se pusieran el uniforme de gala y se lustraran los zapatos y el lápiz rojo de la caja se ofreció para pintar los labios de la muñeca Clarisa. Había una gran alegría en todos los juguetes y Federico



también estaba contento y le latía el corazón bien fuerte debajo de las sábanas porque estaba emocionado por haber visto esta escena. Pensó que él desearía ir también a la fiesta, pero no sabía dónde se iba a efectuar. Pronto lo invadió el sueño y se quedó dormido.

El niño se había movido de la cama y había dado un suspiro. Esto fue una alarma para los juguetes que se quedaron nuevamente inmóviles mirándolo fijamente y en la posición en que estaban antes. La mamá entró al dormitorio y abrió las persianas. Federico se despertó y estirándose perezosamente abrió los brazos. Su mamá le dio un cariñoso beso.

"Vamos chiquitín; a tomar té". El niño se levantó y fue al comedor.

.....

ErEran las doce de la noche. Federico había cenado y estaba acostado en su cama, pero no podía conciliar el sueño. El sonido de la última campanada del reloj de la escalera persistía todavía en el aire cuando el niño se sentó en la cama y vio que sus juguetes habían desaparecido. "Tengo que apurarme", pensó, y saltando de su lecho, bajó la escalera y se dirigió al salón. Abrió la puerta sigilosamente y observó a su alrededor.

La vitrina dorada de su abuelita brillaba a la luz de la luna que entraba por los ventanales y el niño se dio cuenta de que los músicos de porcelana de mamá que se guardaban en la vitrina se habían marchado también. Del interior del piano venía un ruido como si un ratón estuviera caminando por entre las cuerdas y Federico alcanzó a ver una manito enguantada que desaparecía por la juntura de la tapa. "Es la mano de Rogelio" pensó, y corriendo hacia el piano gritó: ¡Espérenme, yo también quiero ir! Mas nadie contestó y el niño

angustiado abrió la tapa y miró hacia adentro. Del fondo salió una luz difusa y Federico sin pensarlo dos veces, se metió en el interior del piano para seguir la pista de sus juguetes.

El piano era más grande de lo que se veía afuera y la luz provenía de detrás de las cuerdas del teclado. Observó un maravilloso paisaje con un prado que se perdía de vista, un bosque de gigantescos árboles y un lago que lo bordeaba en un costado. La noche estaba cubierta de estrellas y la Luna, la misma Luna que alumbraba la vitrina dorada de la abuelita, se elevaba amarillenta y rojiza por entre los árboles del bosque. La pradera estaba cubierta de flores que brillaban extrañamente a la luz de la luna. Unas nubes de color marrón grisáceo y un cielo azul pizarra hacían de fondo a las ramas plateadas de los árboles.

Federico quiso pasar a través de las cuerdas del piano para llegar a tan hermoso paisaje, pero las cuerdas, como los barrotes de



una cárcel, no lo dejaron entrar. Furioso entonces, tomó una gruesa cuerda y trató de estirla, pero ésta era muy dura y al soltarla comenzó a sonar intensamente. Era un sonido bajo y constante. Parecía que venía del disco de la luna y hacía contraste con el lento subir del astro y el silencio del paisaje. De improviso, del borde del marco de las cuerdas se asomó la cara de una niña. Era la más hermosa que Federico había visto. Observaba al niño que, con su cabello rojo y su rostro blanco por la luminosidad de la noche, miraba asustado a través de las cuerdas esta extraña aparición. La niña avanzó hacia Federico y éste pudo constatar que era pequeña; tenía alas cristalinas y su vestido era fosforescente. Sus ojos eran oblicuos y su cabellera estaba peinada hacia arriba; parecía sonreír y mirando a Federico dulcemente le dijo:

-¿Para qué me has llamado?

-¿Quién eres? Preguntó el niño.

-Soy la nota Fa -contestó la hadita -alguien me ha llamado.
¿Has sido tú?

-Dígame, señorita Fa -¿ha visto pasar a mis juguetes por estos lugares?

-Sí, dijo Fa, -los dejé entrar hace algunos minutos y se fueron corriendo por la pradera en dirección hacia el bosque.

-¿Podría ir tras ellos? -preguntó el niño. Van a la fiesta del cumpleaños de Cristina.

La hadita se puso seria y se dijo para si, no he recibido ninguna orden de Su Majestad Cristina de dejarle entrar pero, veamos.

-¿Te gusta la música?

El niño recordó sus odiosas clases de piano y contestó que le fastidiaban los ejercicios para soltar los dedos que le enseñaba su profesora, pero le agradaban mucho las piezas que él ya había

aprendido y se las sabía de memoria, como la sonata del "perro choco" y la "tortuga de menta".

La nota Fa se puso a reír al oír esos títulos. Su risa maravillosa emitía suaves sonidos como si toda ella estuviera hecha de ellos. ¡Qué niño tan gracioso!, exclamó y acercándose a él se empinó en sus piececitos y le dio un beso en la mejilla. Federico sintió una extraordinaria felicidad: ¡Tenía deseos de reír y cantar! Estaba contento que una niña tan bonita lo hubiera encontrado simpático. Espera - dijo la nota Fa, preguntaremos a mi hermana si te dejamos pasar. A ver, pulsa la tercera cuerda a tu derecha. Así lo hizo Federico y al vibrar la cuerda más delgada que la anterior, empezó a sonar más suave y agudamente y de la imagen difusa de la cuerda en vibración apareció otra hadita que se desprendió de ella.

-¿Para qué me necesitas? Preguntó sonriendo.

-Hermana Si, dijo Fa, aquí tenemos a este niño que va en busca



de sus juguetes que han sido invitados al cumpleaños de Su Majestad y él desea ir también.

-Es un muñeco encantador, dijo Fa.

-¡Oh! Qué hermoso es, exclamó Si al observarlo. Fa preguntó si lo dejaban entrar al mundo de las hadas y la nota Si, dijo que sí. Las dos haditas se pusieron a reír.

Federico se adelantó hacia ellas y las cuerdas muy blandas lo dejaron pasar. Persistía el sonido que el niño había provocado algunos instantes y las haditas, saltaban alrededor de él y continuaban riendo.

El niño se encontró en la pradera. La Luna majestuosa subía lentamente. El sonido de las cuerdas iba disminuyendo y las dos hadas se hicieron cada vez más borrosas, hasta que terminaron por desaparecer junto con el sonido que emitían las cuerdas. Federico se sintió muy solo. Quiso volver atrás para pulsar nuevamente las cuerdas, pero no había rastros del piano por ninguna parte. Las flores

de todos colores seguían brillando y daba la impresión que producían luz en el pasto oscuro. Se metió los dedos en la boca y emitió un largo silbido, pero sus amigos no aparecieron y solamente le contestó el eco del bosque.

El paisaje era tan hermoso que no inspiraba miedo al niño a pesar de sentirse solo; entonces cantando una canción sin palabras, se fue caminando hacia el bosque. Iba observando las flores cuando vio que una muy verde se movía y daba pequeños saltos. Se agachó para observarla mejor y pudo constatar que no era una flor sino un pequeño saltamontes de un color verde claro fosforescente. Sus ojos eran como dos perlas del mismo color que su cuerpo y estaban cubiertos de finísimos granitos que le daban un aspecto de porcelana.

-¡Hola, hola! -dijo Federico, -ya tenemos compañero.

-Cuic, cuic -dijo el saltamontes, ¡Hola!

El niño lo tomó entre sus manos y el saltamontes muy enojado

dio un salto y cayó nuevamente al suelo.

-Tus patitas son como dos serruchos. Dime ¿adónde vas tan de prisa?

-¡Niño impertinente!, le gritó el saltamontes, suéltame que me deben estar esperando.

-¿Adónde vas? -repitió el niño.

-Al Gran Baile que será hoy en homenaje a Su Majestad Cristina, Reina de las Hadas.

-Federico lo observó con curiosidad y le preguntó si lo habían convidado a él también.

-¡Ja, ja! -contestó el saltamontes, ¿yo?, ¿invitado yo?, ¡el Gran Gaspar, Director de Orquesta de la Banda de Su Majestad! ¡A mí nadie me invita, sencillamente soy indispensable!

-Bueno "don Raspar", replicó Federico -no se enoje.

-¡GASPAR! corrigió el saltamontes, con un vozarrón que

hizo pensar a Federico cómo un bichito tan pequeño podía sacar esa voz.

-Dígame don Gaspar, y ¿qué va a tocar usted esta noche?

-Hoy se tocará, en homenaje a Su Majestad la Reina, el Gran Concierto en re sostenido mayor para dos patas y orquesta. Y a propósito, la orquesta debe estar impaciente porque no he llegado. Adiós niño, ven tú también a oírme; será colosal. Diciendo esto el saltamontes frotó sus patas, dio un brinco y sacando sus alas echó a volar en dirección al bosque.

Federico lo estuvo mirando hasta que desapareció y pensó que posiblemente si Gaspar era el concertista, seguramente la orquesta estaría formada por grillos. Con este pensamiento siguió caminando, llegó a la orilla del bosque y se internó en él.

La luz silenciosa de la noche traspasaba las negras ramas y hacía brillar el suelo. La maleza era cada vez más tupida y el niño casi

no podía avanzar. En uno de estos esfuerzos cayó de bruces y al tratar de incorporarse observó que había un túnel formado por la maleza. Se abrió paso y llegó a un claro rodeado de rosas y otras flores silvestres. Federico se sentó a descansar y mientras suspiraba sintió que le zumbaban los oídos; pero no eran sus oídos sino el ruido de campanillas o pequeños pitos que sonaban cerca de él. Miró hacia los matorrales y vio que entre los enmarañados tallos venía una hilera de luces de color naranja, celestes y amarillas. Al parecer, la música venía de ahí. El desfile se acercaba y los pitos eran cada vez más intensos. Salieron al claro y Federico pudo constatar que era un largo desfile de gnomos vestidos de negro, algunos con barbas y alegres, otros con caras de niños y tristes. Se acercaban tocando unas flautas hechas de tallos de plantas y portaban sobre los hombros flores luminosas como amapolas de color naranja y otras azul turquesa que despedían un agradable perfume y alumbraban la procesión.

Hacía calor, los gnomos rodearon al niño y empezaron a observarlo y a burlarse de él. Con el ruido de los pitos y las risas, toda la oscuridad del bosque que circundaba el claro se salpicó de lucecitas verdosas y amarillas; eran los ojos de los animalitos del bosque que venían a la fiesta. Los insectos también habían llegado y los grillos saltaban en desorden. Pero el niño no divisó a Gaspar. Los conejos jóvenes reían a más no poder y se tapaban los dientes con sus patitas delanteras para que los demás no vieran que eran tan grandes. Los pajaritos habían despertado y le habían pedido permiso al Señor para trasnochar en la fiesta. Estaban repletas las ramas de ellos y había de todos colores, (muchos desconocidos para Federico) con sus colas largas bifurcadas, otros con moñito negro y otros azul oscuro con la espalda de color rojo ladrillo. Seguramente eran avecitas de la montaña que bajaban al valle en los inviernos solamente y por eso que eran desconocidas para el niño. Los coleópteros, algunos semejantes

a granos de café y otros verde brillante, pasaban zumbando y ocupaban sus puestos en una rama, y los elfos y demás duendecillos del bosque aparecieron volando o saltando. Los geniecillos de alas transparentes se habían retrasado porque habían decidido bañarse antes con los rayos de la Luna.

La fiesta era singular, el bosque se iluminó con una luz blanca y entonces Federico pudo darse cuenta de que sus juguetes estaban encaramados en la rama de un árbol presenciando el espectáculo de las festividades de la Reina de las Hadas. Ésta apareció en un cortejo extraordinario; venía sentada en un trono hecho de una betarraga que brillaba y dejaba pasar la luz blanca que emitía la corona, la varita mágica y el vestido de la reina. Los rayos blancos al atravesar la betarraga se transformaban en rojos y ésta parecía un enorme rubí transparente con un respaldo de plumas verdes que eran las hojas. El trono lo llevaban cuatro silfos y sus transparentes alas reflejaban los



rayos que daban destellos cegadores. Alrededor de la reina había millares de cortesanos; hadas de todo el mundo que revoloteaban y reían, enanos, duendes, elfos hermosos que miraban a las hadas en tal forma que ellas bajaban los ojos y se ruborizaban. Venía también la orquesta de grillos con Gaspar a la cabeza dándose unos humos que hacían reír a todos. Los sapos cuatro ojos, se pusieron sus anteojos al ver pasar a Cristina, porque ¡una reina como aquella debería observársela con seis ojos! Los soldados de plomo presentaron sus armas, y la nariz de Rogelio palideció de anemia ¡Estaba tan emocionado! Los pajaritos del bosque, ardillas, conejos, venados y hasta un oseño, se acercaron a darle la bienvenida y felicitar a la reina. Cristina había cumplido ochocientos años, pero no crean que se veía vieja, parecía que recién había cumplido los diez años de edad.

¿Y díganme ustedes, cuántos años tienen los ángeles? Pues mucho más que Cristina y son tan hermosos y jóvenes.

Un cervatillo inclinó la cabeza haciendo una venia, Y eso dio motivo para que los juguetones elfos y los duendes saltaran a sus astas y empezaron a divertirse columpiándose en ellas. El animal, al ver que su cornamenta se había transformado en un pesado árbol de brillantes frutas aladas, sacudió la cabeza y los intrusos cayeron al suelo y otros echaron a volar ante las risas de los presentes. También venían en el cortejo, viejos guerreros de los cuentos de hadas. El que más se destacaba era el señor lugarteniente don Hormigón Armado. Éste portaba una coraza gris y tenía una lanceta muy peligrosa que la escondía debajo de su armadura.

La Luna era un disco blanco de plata y las estrellas se habían puesto de acuerdo para hacerle un regalo a Cristina. Se encargó a la Vía Láctea de comprarlo en el firmamento y ésta, siguiendo la señal de las estrellas, dejó caer -cuando llegó la reina -un polvillo plateado como la nieve, que cubrió los pinos y demás árboles, el césped y a

todos los invitados. Caía lentamente y todo relucía como si estuviera cubierto de pequeños diamantes.

Las conejas se veían muy hermosas y se reían con sus pestañas cargadas de polvo de estrellas; los pajaritos se sacudían y producían una nube de luces alrededor de ellos. Todos estaban alborozados con este extraño regalo del cielo, menos Gaspar que empezó a gritarle a sus grillos que se escondieran debajo de las hojas o de las piedras, porque ese polvo iba a desafinarle los instrumentos. Los grillos cumplían las órdenes muy asustados y uno se puso rojo de rabia al oír tal desatino. Gaspar fue a quejarse a la reina, pero ella le dio unos golpecitos con su varita mágica y le dijo que no fuera de tan mal carácter.

Cristina bajó de su trono y haciendo una señal, los gnomos clavaron en el suelo sus faroles naranjas y azul turquesa (como flores de amapolas) y comenzó un desfile para ir a saludar personalmente a

Su Majestad. Uno por uno se acercaron y también los juguetes de Federico bajaron del árbol y la felicitaron. Sólo el niño no lo había hecho. Sintiendo que esto era un acto de mala educación, salió de su escondite y se acercó a la reina, muy avergonzado, a pesar que los simpáticos y hermosos personajes que rodeaban a Su Alteza no infundían temor.

-Muchas felicidades en esta noche Su Majestad -, le dijo.

Cristina le agradeció sonriendo y le alargó su mano para que la besara. Federico se inclinó y se la besó muy suavemente. Su piel era blanca y fina y despedía un exquisito perfume a flores.

Los personajes que llenaban el claro del bosque, hicieron un murmullo de admiración al ver a un niño tan hermoso y educado y los juguetes sonrieron orgullosos desde lo alto de la rama porque su amigo era el centro de la atención.

Luego empezó el baile. La orquesta de grillos, después de

afinar sus patas, empezó a tocar una alegre melodía de hadas, ayudada por los enanos con sus flautas y gaitas y otros instrumentos de viento. Se formaron las parejas. Las conejas con los conejos, las ardillas con sus esposos, las hadas con los elfos, Rogelio con la muñeca y así todos, hasta los pájaros ayudaban llevando el compás con sus armoniosos trinos. Cristina miraba complacida mientras se servía miel, nueces, moras silvestres y jugo de fresas. Bebía gotas de rocío en pétalos de rosas y también saboreaba una que otra raíz jugosa que era la predilección de cuatro ratones campesinos.

Terminado el primer baile, un conejo sacó a bailar a Cristina, y ésta dejó encargada su varita mágica a un gnomo travieso que comenzó a saltar con ella y a tocar lo que encontraba a su paso. Cada vez que rozaba las ramas de los árboles, éstas brotaban rápidamente y echaban flores brillantes de diversos colores, y las hadas, haciendo un ruedo alrededor del gnomo, se dispersaban riendo cuando quería

tocarlas.

Una de las haditas fue alcanzada y su cuerpo, alas y vestido se iluminaron como si fueran a quemarse, pero luego desapareció este fuego y quedó más hermosa que antes.

Al término del baile, Cristina recuperó su varita con gran tristeza del gnomo juguetero.

Hubo varios noviazgos esa noche. El príncipe de los zorzales se casaría pronto con una hermosa zorzala color crema de vainilla que estaba invitada a la fiesta; Cristina dio su consentimiento. Un búho viudo, que estaba observándolo todo muy pensativo, guiñó un ojo, se sacudió el plumaje y pidió permiso para casarse también, el próximo mes, con una lechuza blanca que había conocido en el campanario viejo del pueblo; ese que había pertenecido a una iglesia y que ahora se utilizaba de galpón para guardar sacos de trigo. Por la larga explicación que dio el búho, todos se rieron de él.

La hadita que había sido tocada por la varita mágica del gnomo, se aproximó a Federico e inclinándose hacia adelante, acercó su rostro al del niño y le dijo: Dime chiquitín, ¿deseas casarte conmigo? Federico no supo qué contestar y turbado le respondió que él nunca se casaría. La hadita se estaba divirtiendo con la timidez del niño.

Me llamo Verónica dijo la hadita, y pediré a Cristina que cuando seas grande me transforme en un ser humano para enamorarte y casarme contigo.

A Federico no le parecieron bien todos esos proyectos, a pesar de que el hada era hermosísima, pero en el resto de la noche la siguió observando y sentía una especie de vaga tristeza y placer al ver su lindo rostro ovalado. Un duende que pasó bailando cerca de él le dijo a una ninfa: ¡Mira, tiene cara de niño enamorado! Federico se sintió molesto por esta observación, porque no sabía interpretar lo que

sentía. Después, mirando hacia donde bailaban pudo ver cómo Rogelio, su arlequín, platicaba con la muñeca de los ojos azules que había pertenecido a su hermana. "Qué hermoso es verlos conversar", pensó Federico; en realidad todo esto debe ser un sueño, pues no me explico que mis juguetes puedan moverse y bailar como seres vivos.

La fiesta estaba cada vez más alegre y los músicos de porcelana de la vitrina dorada de la abuelita habían llegado a reemplazar a la orquesta de Gaspar que estaba cansado de tanto tocar.

La Luna estaba alta y comenzó a descender. Lentamente se fue acercando a los montes que se perfilaban en el horizonte. Los grillos se fueron a acostar y los pajaritos se habían quedado dormidos en las ramas. Muchos conejos se habían retirado a sus madrigueras y una ardillita, muy trasnochada, se preparaba para pernoctar en un tronco hueco.

Federico tenía sueño; las emociones de esa noche habían sido

muy grandes y había reído y comido a más no poder. Le manifestó a Cristina que deseaba volver a casa. Ella sonrió y dándole un beso en la mejilla le dijo que lo haría despertarse en su cama. Luego lo tocó con su varita mágica y el niño comenzó a adormecerse. Veía los objetos borrosos y apenas pudo distinguir a Cristina cuando se subió a su trono y se alejó del bosque seguida por el cortejo de negros gnomos. Desaparecían lentamente cuando se quedó profundamente dormido.

Amanecía, el gallo había principiado a cantar. Por la tapa abierta del piano del salón se vieron dos manitos enguantadas. Eran las de Rogelio. Asomó su cara nariguda y al constatar que todos dormían, bajó al teclado, luego estirando los brazos hacia arriba hizo una seña para que la muñeca que lo estaba aguardando bajase también. Saltó hacia Rogelio y éste la recibió en sus brazos; después saltaron juntos a la alfombra y corrieron tomados de la mano hacia el dormitorio del niño. Los otros juguetes ya habían llegado y Federico

dormía en su cama.

- ¿Qué te pareció la fiesta mi muñequita querida? Le preguntó Rogelio a su novia.

Muy hermosa, contestó ella, y dándose un beso se abrazaron tiernamente.

- ¡Sssshhhh!, refunfuñó el oso, ya es hora de descansar, no vayan a despertar a nuestro dueño. Rogelio y su muñeca sonrieron y dándose otro beso y con las caras muy juntas se quedaron dormidos.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina